NUEVO

TEATRO CRITICO

DE

EMILIA PARDO BAZÁN

AÑO I. ABRIL, 1891. NÚM. 4.

SUMARIO

I. — La santa de Karnar. (Milagro.)
II. — Un jesuita novelista. (El P. Luis Coloma.)
III. — Signo de los tiempos.
IV. — Juicios cortos.—Más novela católica.—Un tratadista de derecho penal.
V. — Notas bibliográficas.

MADRID
LA ESPAÑA EDITORIAL
Oficinas: Mendizábal, 34.
APARTADO DE CORREOS NÚM. 144.

UJA EDITORIAL

Edición facsímil realizada con motivo de la celebración
del Día Internacional del Libro 2021

Depósito Legal: J-228-2021

ESTUDIO INTRODUCTORIO

Entre los recuerdos de niña que Emilia Pardo Bazán recoge en los "Apuntes autobiográficos" que preceden a *Los pazos de Ulloa*, se encuentra el feliz hallazgo del cuarto-biblioteca de aquella casa que su familia alquiló un verano en Sangenjo: "Cualquiera me arrancaba de allí. ¡Libros, muchos libros, que yo podía revolver, hojear, quitar, poner otra vez en el estante!". Su afán por la lectura fue temprano: "Obra que cayese en mis manos y me agradase, la leía cuatro o seis veces, y de algunas, señaladamente del *Quijote*, se me quedaban en la fresca memoria capítulos enteros, que recitaba sin omitir punto ni tilde". No tardaría en despertar su también temprana vocación de escritora que le llevaría a publicar una veintena de novelas, más de seiscientos relatos, algunos poemas y no pocas críticas literarias, traducciones, ensayos y crónicas.

Emilia Pardo Bazán nació el 16 de septiembre de 1851 en La Coruña, ciudad que renombró como Marineda en varias de sus historias. Fue la única hija del matrimonio formado por José Pardo Bazán y Mosquera y Amalia de la Rúa-Figueroa y Somoza, cuya situación acomodada le permitió recibir una cuidada educación gracias a profesores privados y a la asistencia a un colegio francés durante sus estancias en Madrid. Lejos quedaba, sin embargo, la posibilidad de acudir a la Universidad, pues aunque partía de una situación familiar privilegiada, lo hacía en una sociedad injusta para la mujer.

Cuando tan solo contaba con dieciséis años, se casó con un joven estudiante de Derecho llamado José Quiroga y Pérez de Deza. La ceremonia tuvo lugar en la capilla de la vieja granja de Meirás, propiedad de la familia, que tiempo después se convertiría en pazo y en el que pasaría largas temporadas dedicada a la escritura. Corría el año de 1868, testigo de la famosa revolución de La Gloriosa.

Su formación fue enriqueciéndose conforme crecía su curiosidad y aumentaban sus viajes por distintos países europeos, empapándose de nuevas lenguas y literaturas. La joven Emilia, entregada al oficio de las letras, ya había intentado darse a conocer en los círculos intelectuales del momento, en algunos casos a través de

cartas dirigidas a algunos de los más importantes escritores y críticos literarios, como Menéndez Pelayo, Clarín, Pereda o Galdós. La correspondencia con este último, iniciada como simple consulta a un escritor experimentado, se dilataría en el tiempo creando una afinidad que no tardaría en transformarse en amor una vez disuelto su matrimonio.

En 1876, ganó el certamen convocado en Orense con motivo del centenario del nacimiento de Benito Jerónimo Feijoo, al que también concurrió la escritora Concepción Arenal. Fue su primera incursión en el terreno del ensayo. Unos años más tarde se adentraría en la novela con *Pascual López* (1879) y *Un viaje de novios* (1881). En este último año apareció el poemario que le dedicó a su hijo Jaime, sufragado por su gran amigo Francisco Giner de los Ríos. Pero su mirada, entonces, parecía estar puesta en Francia, en la corriente literaria del Naturalismo de Émile Zola que decidió dar a conocer en España. Lo hizo primero en una serie de veinte artículos que fue publicando con escasa repercusión durante el invierno de 1882, pero que suscitaron una enconada polémica al año siguiente al reunirlos en forma de libro con el significativo título de *La cuestión palpitante*. Algunas de aquellas ideas, mal entendidas por muchos como

indecentes en una mujer y además católica, las plasmaría en su novela *La Tribuna* (1883). La repercusión fue tan negativa y con un coste personal tan alto que su marido le pidió que abandonara la escritura. Ella no renunció a su pasión literaria y aquella situación, unida seguramente a otras circunstancias, propició el fin del matrimonio. A partir de entonces, completamente emancipada, decidió vivir de sus textos. Su consagración en el ámbito de las letras con éxito por parte de crítica y público llegó de la mano de *Los pazos de Ulloa* (1886) y de *La madre naturaleza* (1887). Vendrían después *Insolación* (1889), *Morriña* (1889) y otro buen número de títulos.

Emilia Pardo Bazán, intelectual y escritora, mostró además una gran preocupación por la situación de la mujer ante la cultura, abogando por su instrucción como paso necesario para consolidar la modernización social de España y siempre en defensa de sus derechos. En este sentido, fue promotora de varios proyectos que abrieran las puertas a la formación cultural femenina. Entre ellos, destaca la colección "Biblioteca de la mujer" (1892-1914) en la que publicó un total de once volúmenes con obras de María de Jesús de Ágreda, María de Zayas, el Padre Mercier, Gonzalve de Nervo, Juan Luis Vives, cuatro textos firmados por ella, además

de las que serían las primeras traducciones españolas de *La esclavitud femenina* de John Stuart Mill y de *La mujer ante el socialismo* de August Bebel.

Compaginó este proyecto con la creación de la revista *Nuevo Teatro Crítico*, un homenaje a su admirado Benito Jerónimo Feijoo, que se publicó con una periodicidad mensual entre 1891 y 1893. Se trataba de una iniciativa costeada y escrita íntegramente por ella que incluía relatos, ensayos y críticas literarias.

El número que hoy edita la Universidad de Jaén, procedente del fondo antiguo de su Biblioteca, es el correspondiente al mes de abril de 1891. Se abre con *La santa de Karnar (milagro)*, un cuento dividido en dos partes que narra la historia de una niña débil y enfermiza a quienes los médicos no son capaces de sanar. Un cirujano famoso y excéntrico le recomienda marcharse al campo. De manera que, en compañía de su madre y de su hermana, emprende un viaje (no exento de temores para unas mujeres de ciudad) hasta un caserón en la montaña. Allí, la anciana y ciega madre de la mayordoma que las cuida despierta su interés al hablarles de las cualidades curativas de una mujer que vive en la feligresía de Karnar y que lleva quince años en ayuno sobreviviendo solo con la comunión eucarística. La segunda parte

del relato narra la visita a la famosa santa y la consiguiente curación.

La historia, narrada en primera persona según se la refirió la protagonista ya anciana, parece inspirada en uno de los diversos casos de inedia o ayuno voluntario prolongado que se dieron en la Galicia del XIX, más en concreto el de Josefa de la Torre, conocida como la "Espiritada de Gónzar", quien pasó treinta años sin ingerir nada más que la Eucaristía. La fama de su estado fue tal que muchos acudían a ella en peregrinación en busca de un milagro para sus problemas.

El resto de las secciones se alejan de la parte creativa para adentrarse en la crítica literaria. Así, en *Un jesuita novelista (El P. Luis Coloma)*, Pardo Bazán se implica en la polémica generada por la publicación de la novela *Pequeñeces* (1891), en defensa del naturalismo del jesuita. Reproduce la respuesta de un lector a una de sus epístolas en *Signo de los tiempos*. En *Juicios cortos*, reseña la novela del escritor y parlamentario Manuel Polo y Peyrolón, *Quien mal anda, ¿cómo acaba?* (1890) y el ensayo *La crisis del derecho penal* del político y jurista César Silió y Cortés (1891). Y, con la sección de *Notas bibliográficas*, cierra este volumen que fue el cuarto de un total de treinta números. El mes de diciembre de 1893 dio por concluido aquel

proyecto cuya dirección en solitario se antojaba insostenible.

Con todo, no cesó su actividad literaria y crítica ni su afán por situarse como mujer en espacios de reconocimiento. Hasta en tres ocasiones se barajó su nombre para ocupar un sillón en la Real Academia, pero ninguna prosperó precisamente por el hecho de ser mujer. Sin embargo, sus sobrados méritos le permitieron ocupar el cargo de Presidenta de la sección de Literatura del Ateneo de Madrid (1906) y de Consejera de Instrucción Pública (1910). En 1916, además, obtuvo la cátedra de Literatura Contemporánea de Lenguas Neolatinas en la Universidad Central, convirtiéndose en la primera catedrática de España. Si bien es cierto, sufrió el boicot de los alumnos, probablemente alentados por sus colegas de claustro, que se negaron en su mayoría a ser aleccionados por una mujer.

La diabetes crónica que padecía complicada con una afección pulmonar provocó su muerte el 12 de mayo de 1921 en una primavera tal vez como esta, hace ahora cien años.

Cristina Castillo Martínez
Universidad de Jaén

EDICIÓN FACSÍMIL

NUEVO TEATRO CRÍTICO

OBRAS DE LA AUTORA

NOVELAS

Pascual López, 3.ª edición, un vol.
Un Viaje de Novios, 3.ª edición, un vol.
La Tribuna, un vol.
La Dama joven, un vol. (Edición ilustrada.)
El Cisne de Vilamorta, un vol.
Los Pazos de Ulloa, dos vol.
La Madre Naturaleza, dos vol.
Insolación, un vol. (Edición ilustrada.)
Morriña, un vol. (Edición ilustrada.)
Una Cristiana, un vol.
La Prueba, un vol.

CRÍTICA É HISTORIA

San Francisco de Asís (siglo xiii), segunda edición, dos vol.
La Revolución y la Novela en Rusia, tres vol.
De mi tierra (Galicia), un vol.
La Cuestión palpitante (agotada), un vol.
La Leyenda de la Pastoriza, opúsculo.
Estudio crítico sobre Feijóo, un vol.
Los pedagogos del Renacimiento, opúsculo.

VIAJES

Mi Romería, un vol.
Al pie de la Torre Eiffel, un vol.
Por Francia y por Alemania, un vol.

POESÍAS

Jaime (poema), un vol.

NUEVO

TEATRO CRÍTICO

DE

EMILIA PARDO BAZÁN

Año I. ABRIL, 1891. Núm. 4.º

SUMARIO

I. — La santa de Karnar (Milagro.)
II. — Un jesuíta novelista. (El P. Luis Coloma.)
III. — Signo de los tiempos.
IV. — Juicios cortos. — Más novela católica. — Un tratadista de derecho penal.
V. — Notas bibliográficas.

MADRID
LA ESPAÑA EDITORIAL
Oficinas: Mendizábal, 34.
APARTADO DE CORREOS, NÚM. 144.

ES PROPIEDAD

Imprenta de A. Pérez Dubrull: Flor Baja, 22.

LA SANTA DE KARNAR

(MILAGRO.)

I.

De niña—me dijo la anciana señora, tal vez con distintas palabras de lo que voy á referirlo—era yo muy poquita cosa, muy delicada, delgada, tan paliducha y tan consumida, que daba pena mirarme. Como esas plantas que vegetan ahiladas y raquíticas, faltas de sol ó de aire, ó de las dos cosas á la vez, yo me consumía en la húmeda atmósfera de Compostela, sin que sirviesen para mejorar mi estado las recetas y potingues de los dos ó tres facultativos que visitaban nuestra casa por amistad y costumbre, más que por ejercicio de la profesión. Era uno de ellos,—ya ve V. si soy vieja,—nada me-

nos que el famosísimo Lazcano, de reputación europea, en opinión de sus conciudadanos los santiagueses ; cirujano ilustre, de quien se contaba, entre otras rarezas, que sabía resolver los alumbramientos difíciles con un puntapié en los riñones, y que se hizo más célebre todavía que por estas cosas, por haber persistido en el uso de la coleta, cuando ya no la gastaba alma viviente.

Aquel buen señor me había tomado cierto cariño, como de abuelo ; decía que yo era muy lista, y que hasta sería bonita cuando me robusteciese y echase — son sus palabras — la morriña fuera; me pronosticaba larga vida y magnífica salud, y á los afanosos interrogatorios de mamá respecto á mis males, respondía con un temblorcillo de cabeza y un capirotazo á los polvos de rapé detenidos en la chorrera rizada : «No hay que apurarse. La naturaleza que trabaja, señora.»

¡Ay si trabajaba! Trabajaba furiosamente la maldita. Lloreras, pasiones de ánimo, ataques de nervios (entonces aún

no se llamaban así), jaquecas inconsolables, y, por último, un desgano tan completo, que no podía atravesar bocado, y á los doce años me quedaba como un hilo, postrada de puro débil, resistiéndome primero á jugar con las niñas de mi edad, luego á salir, luego á moverme hasta dentro de casa, y, por último, á levantarme de la cama, donde ya me sujetaba la tenaz calentura.

Mi madre, al cabo, se alarmó seriamente. La cosa iba de veras, tan de veras que los dos médicos más amigos, después de examinarme con detención, arrugaban la frente, fruncían la boca, y celebraban su misteriosa conferencia, de la cual—lo supe mucho después—salía yo en toda regla desahuciada. Oíanse, en la salita contigua á mi alcoba, el hipo y los sollozos de mamá, la aflicción de mi hermana mayor, los cuchicheos del servicio, las entradas y salidas de amigos oficiosos, todo lo que entreoye desde la cama un enfermo grave; y á poco me resonaban en el cerebro las conocidas pisadas de Laz-

cano, que medía el paso igual que un recluta, y entraba mandando, en tono gruñón, que se abriesen las ventanas, y no estuviese la chiquilla «á obscuras como en un duelo». Habiéndome tomado el pulso, mandado sacar la lengua, apoyado la palma en la frente para ver el calor, y preguntado á mi enfermera ciertos detalles y síntomas, el viejo sonrió, se encogió de hombros, y dijo, amenazándome con la mano derecha:

—Lo que necesita la rapaza es una docena de azotes...., y aldea, y leche de vaca.... y se acabó.

—¡Aldea en el mes de Enero! (clamó espantada mi hermana.) ¡Jesús, en tiempo de lobos!

—Pregúntele V. á los árboles si en invierno se encierran en las casas para volver al campo en primavera. Pues madamiselita, fuera el alma, árboles somos. Aldea, aldea, y no me repliquen.

Á pesar del terror de mi hermanita (que tenía en Santiago su dolor de cabeza, y por eso se horrorizaba tanto de los lo-

bos), mamá se agarró á la esperanza que le daba Lazcano, y resolvió inmediatamente la jornada. Por casualidad nuestras rentitas de la montaña andaban á tres menos cuartillo: el mayordomo, prevalido de que éramos mujeres, y seguro de que no aportábamos por lugar tan salvaje, hacía de nuestro modesto patrimonio mangas y capirotes, enviándonos cada año más mermado su producto. El viaje, al mismo tiempo que salud, podía rendir utilidad.

El día señalado me bajaron hasta el portal en una silla; estaba enganchado ya el coche de colleras que nos llevaría hasta donde nos aguardasen el mayordomo y los caseros con las cabalgaduras, para internarnos en la montaña. Yo iba medio muerta; apenas entreabrí los ojos al oir las exclamaciones de horror que arrancó á mi hermana y á mi madre la cabeza de un faccioso, clavada en alto poste á orillas del camino real. Cuando encontramos á nuestros montañeses, faltaban dos horas para la del anochecer, que en aquella es-

tación del año era á las cinco de la tarde; y los aldeanos, no sé si por inocentada ó por malicia, porfiaron en encargarnos que nos diésemos toda la prisa posible á descargar el equipaje y montar, porque la noche se echaba encima, la casa estaba lejos, y andaban por el monte á bandadas los lobos y á docenas los salteadores. Mi hermana y mi madre, casi llorando de miedo, se encaramaron como Dios les dió á entender sobre el aparejo de los jacos; á mí me envolvieron en una manta, y un robusto mocetón, que montaba una mula burreña mansa y lucida, me colocó delante, como un fardo, y en tal disposición emprendimos la caminata. Por supuesto que no divisamos ni la sombra de un ladrón ni el hocico de un lobo; en cambio, las pobres señoras pensaron cien veces apearse por el rabo ó las orejas, según caían las cuestas arriba ó abajo del endiablado camino; y al verse en la cocina del viejo caserón, frente al humeante fuego de *queiroas* y rama de roble casi verde, oyendo hervir en la panza del

pote el caldo de berza y harina, les pareció que estaban en la gloria.

Yo no le quiero decir á Vds. las privaciones que allí se pasaron. La casa solariega de los Aldeiros, mis antepasados, encontrábase en tal estado de vetustez, que por las rendijas del techo entraban los pájaros y veíamos amanecer perfectamente; no había un vidrio; el piso cimbreaba, y los tablones bailaban la polka; el frío era tan crudo, que sólo podíamos vivir arrimadas á la piedra del lar, acurrucadas en los bancos de ennegrecido roble, y extendiendo las amoratadas manos hacia la llama viva. Ahora, que tengo años y he visto tantas cosas en el mundo, comprendo que á aquel cuadro de la cocina montañesa no le faltaba su gracia, y que un pintor ó un poeta sabrían sacar partido de él. Las paredes estaban como barnizadas por el humo, y sobre su fondo se destacaban bien las cacerolas y calderos y el vidriado del grosero barro en que comíamos. La artesa, bruñida á fuerza de haberse amasado encima el pan de

brona, sufría siempre una carga de espigas de maíz mezcladas con habas, cuencos de leche, cedazos y harneros. Más allá la herrada del agua, y, colgada de la pared, la escopeta del mayordomo, gran cazador de perdices. Bajo la profunda campana de la chimenea se apiñaban los bancos, y allí, unidos, pero no confundidos, nos agrupábamos amos y servidores. Por respeto nos habían cedido el banco menos paticojo, estrecho y vetusto, colocado en el puesto de honor, ó sea contra el fondo de la chimenea, al abrigo del viento y donde más calentaban los tizones; por lo cual el mastín y el gato, amigos á pesar del refrán, se enroscaban y apelotonaban á nuestros pies. Formando ángulo con el nuestro, había otro largo banco, destinado á la mayordoma, su madre, su hijo mayor (el que me había traído á mí al arzón de su montura), el gañán, la criada, y algún vecino que viniese á parrafear de noche. Por el suelo rodaban varios chiquillos, excepto el de pecho, que la mayordoma tenía siempre

en brazos. Y en una viejísima poltrona, el mayordomo, el cabeza de familia, permanecía silencioso, entretenido en picar con la uña un cigarro ó limpiar y bruñir por centésima vez el cañón de la escopeta.

Yo seguía malita, sin comer apenas, sin poder andar, temblando de frío y de fiebre; pero antes me matarían que renunciar á la tertulia. Mi imaginación de niña se recreaba con aquel espectáculo más que se recrearía en bailes ó saraos de la corte. Allí era yo alguien, un personaje, y el centro de todas las atenciones y el asunto de todos los diálogos. Un chiquillo me traía el pajarillo muerto por la mañana en el soto; otro asaba en el rescoldo castañas para obsequiarme; la mayordoma sacaba del seno el huevo de gallina recién puesto, y me lo ofrecía; los más pequeños me brindaban tortas de maíz, acabadas de salir del horno, ó me enseñaban una lagartija aterida de frío, que, al calorcillo de la llama, recobraba toda su viveza. ¡Ay! ¡cuánto sentía yo no tener

vigor, fuerzas ni ánimo para corretear con aquellos salvajillos por las heredades, sobre la tierra endurecida por la escarcha! ¡ Quién pudiera echar del cuerpo el mal y volverse aldeanito!

Después de los chiquillos, lo que me llamó la atención fué la madre de la mayordoma. Era una vieja que podía servir de modelo á un escultor por la energía de sus facciones, al parecer modeladas en granito. El diseño de su fisonomía le prestaba parecido con un águila, y la fijeza pavorosa de sus ojos (hacía muchos años que se había quedado ciega) contribuía á la solemnidad y majestad de su figura y á que cuanto salía de sus labios adquiriese —en mi fantasía exaltada por la enfermedad—doble realce. Tenía la ciega ese instinto maravilloso que parece desarrollarse en los demás sentidos cuando falta el de la vista: sin lazarillo, derecha y casi sin palpar con las manos, iba y venía por toda la casa, la huerta y las tierras; distinguía á los terneros y bueyes por el mugido, y á las personas creo que por el olor.

De noche, en la tertulia de la chimenea, hablaba poco, y siempre con gravedad y en tono semiprofético: si guardaba silencio, no estaban nunca ociosas sus manos: hilaba lentamente, y en torno de ella el huso de boj, como un péndulo, oscilaba en el aire.

Mire V. si ha pasado tiempo.... y me acuerdo todavía de bastantes dichos de aquella vieja. El eco de su voz cuando guiaba el Rosario no se me olvidará mientras viva. Nunca he oído rezar así, con aquel tono, el de quien ruega que le perdonen la vida ó le den algo que ha menester para no morirse en el acto. Justamente el Rosario, como V. sabe, acostumbra rezarse medio durmiendo, de carretilla; pero la ciega, al decir las oraciones, revelaba un alma y un fuego, que hacían llenarse de lágrimas los ojos. Al concluir el Rosario y empezar la retahila de Padre nuestros, me cogía de la mano, con fuerza sobrehumana, me obligaba, venciendo mi extenuación y debilidad, á arrodillarme á su lado, y con acento de

súplica ardentísima, casi colérica, exclamaba:

—Á Jesucristo nuestro Señor y á la Santa de Karnar, para que se digne sanar luego á la señoritiña! Padre nuestro....

Hoy no sé si me río.... Afirmo á V. que no me reía entonces; al contrario: me penetraba una especie de respeto, y creía á pies juntillas que iba á mejorar por la virtud de aquella plegaria.

Una noche se le ocurrió á mi hermana, por distraer el aburrimiento, charlar largo y tendido con la ciega, ó, mejor dicho, sacarle con cuchara la conversación, pues de su laconismo no podía esperarse más. Hablaron de cosas sobrenaturales y de milagros. Y entre varias preguntas relativas á *trasnos*, brujas, almas del otro mundo y *hueste* ó compaña, salió también esta:

—Señora María, ¿qué Santa es esa de Karnar á quien V. le reza al concluir el Rosario? ¿Es alguna imagen? Porque Karnar creo que dista poco de aquí, y tendrá su iglesia con sus efigies.

—Imagen...., la parece,—respondió la ciega en tono enfático.

—Pero, ¿qué es en realidad?

—Es imagen, sólo que de carne, dispensando Vds.; y si la señoritiña quiere sanar, vaya allí. La salud la da Dios del cielo. Sin Dios del cielo, los médicos son....

Y para recalcar la frase no concluida, la ciega se volvió y escupió en el suelo despreciativamente.

Mal satisfecha la curiosidad de mi hermana con tan incompleta explicación, y viendo que á la vieja no se le sacaba acerca del asunto otra palabra, nos dirigimos á la mayordoma, obteniendo cuantos pormenores deseábamos. Averiguamos que Karnar es una feligresía en el corazón de la montaña, cuatro leguas más allá de nuestra casita de Aldeiro. Después me han dicho algunos amigos ilustrados que el nombre de esa aldeita es notable, y, como todos los que principian en *Karn*, de puro origen céltico. Allí, pero no en la iglesia, sino en su casa,

no en el cielo y en los altares, sino viva y respirando, es donde estaba la *Santa*, única que, según la ciega, podía realizar mi curación.

—¿Y por qué le llaman Vds. santa á esa mujer?—preguntó mi madre con el secreto afán del que entrevé una esperanza, por remota y absurda que sea.

—¡Ay señora mi ama! (protestó la mayordoma escandalizada, como quien oye una herejía de marca mayor.) ¿Y no ha de ser santa? Más santa no la tiene Dios en la gloria. Mire si será santa, que su cuerpo es ya como el de los ángeles del cielo. Verá qué pasmo. Ni prueba comida ni bebida. En quince años no ha entrado en ella más que la divina hostia de Nuestro Señor, todas las semanas. Y poner ella las manos en una persona, y aunque se esté muriendo levantarse y echar á correr...., eso lo estamos viendo todos los días, así Dios me salve.

—¿Vds. vieron curar á alguien?—insistió mamá.

—Sí, señora, mi ama, vimos...., alaba-

do el bendito Dios!.... Por San Juan, ha de saber que la vaca roja se nos puso á morir...., hinchada, hinchada como un odre, de una cosa mala que comió en el pasto, que sería una *salamántiga* ó no sé qué bicho venenoso...., y como teníamos el cabo del cirio que le encendiéramos á la Santa, lo encendimos otra vez...., y encenderlo y empezar la Roja á deshinchar y á soltar la malicia, y á beber y á pastar como antes....

Mi hermana se desternilló de risa con la curación de la Roja. Pero de allí á dos días yo tuve un síncope tan prolongado, que mi madre, al verme fría y sin respiración, me contó difunta. Y cuando volví en mí, cubriéndome de caricias y de lágrimas, me susurró al oído:

—No le digas nada á tu hermana. Silencio. Mañana te llevo á la Santa de Karnar.

II

Fué preciso hacer uso de iguales medios de locomoción que la primera vez.

Empericotada sobre el albardón del jamelgo mi madre; yo al arzón del hijo del mayordomo, y dándonos escolta, armada de hoces, bisarmas, palos y escopetas, nuestra mesnada de caseros. Cuando íbamos saliendo ya de los términos de la aldea, internándonos en una trocha que faldeaba el riachuelo y se dirigía al desfiladero ó garganta por donde empezaba la subida á los castros de Karnar, vimos alzarse ante nosotros enhiesta y majestuosa figura: la ciega. Fué grande nuestro asombro cuando dijo que quería acompañarnos, recorriendo á pie las cuatro leguas de distancia. De nada sirvió que le advirtiésemos que iba á cansarse, que el camino era un despeñadero, que pasaríamos un frío horrible, y que ella en Karnar no nos valía para maldita la cosa. No hubo razón que la disuadiera. Su respuesta fué invariable:

—Quiero *ver* el milagro, señoritiña. ¡Quiero *ver* el milagro!

Acostumbrado sin duda el mayordomo á la tenacidad de su suegra, me miró

y se encogió de hombros, como diciendo: «Si se empeña, no hay más que dejarla hacer lo que se le antoje». Y colocándola entre dos mozos, á fin de que la guiasen con la voz ó las manos, se puso en marcha la comitiva.

Iba yo tan mala, que, á la verdad, no puedo recordar con exactitud los altibajos del camino. Muy difícil y escabroso recuerdo que me pareció; sé que recorrimos tristes y desiertas gándaras, que subimos por montes escuetos y casi verticales, que nos emboscamos en una selva de robles, que pisamos nieve, que hasta vadeamos un río, y que, por último, encontramos un valle, relativamente ameno y hermoso, donde docena y media de casuchas se apiñaban al pie de humilde iglesia. Cuando llegamos iba anocheciendo. Mi madre había tenido la precaución de llevar provisiones, pues allí no había que pensar en mesón ni en posada; por favor rogamos al párroco que nos permitiese recogernos á la rectoral, y el cura, acostumbrado sin duda á las visitas

que le atraía la Santa, nos recibió cortesanamente, sin el menor encogimiento, ofreciéndonos dos camas buenas y limpias, y paja fresca para sustento de caballerías y lecho de hombres. A la Santa la veríamos al día siguiente por la mañana: tal fué el consejo del párroco, que añadió sonriendo: «Yo les daré cirios, señoras. La Santa es una buena mujer. Y no come; eso me consta. Ya iremos allá. Antes oirán la misita.... ¿no? Bien, bien; por oir misa y dar cebada, no se pierde jornada. Ahora reposen, que vendrán molidas». Al recogernos á nuestro dormitorio, al abrigarme mi madre y someterme las sábanas bajo el colchón, recuerdo que me dijo secreteando:

—¿Ves? Esta media onza.... para dársela mañana al cura por una misa. No hay otro medio de pagar el hospedaje.... Y tú comulgarás en ella, y te confesarás.... á ver si la Virgen quiere que sanes, paloma.

No sé lo que sintió mi espíritu á la idea de contarle mis pecados á aquel curilla joven, mofletudo, obsequioso y jovial: lo

cierto es que me sublevé, y dije con impensada energía:

—Yo no me confieso, mamá. Yo no me confieso. Quiero ver á la Santa; pero confesarme, no.

Notando mi madre que casi lloraba, y temiendo que me hiciese daño, me calmó, diciendo en tono conciliador:

—Calla.... Pues no, no te confesarás; me confesaré yo en lugar tuyo.... Pero mejor sería que te confesases. Porque si Dios ha de hacer algo por ti....

—No, no; confesarme no quiero.—Y al pronunciar con doble enojo estas palabras, la ciega, que, acurrucada en un rincón descansaba de la caminata fatigosa, se levantó de repente, y como iluminada por inspiración súbita, vino recta hacia mi madre, le puso en los hombros sus descarnadas y duras manos, y dijo con acento terrible:

—¡El cura, no! ¡Señora mi ama...., deje á la Santa y á Dios del cielo! ¡La Santa...., y nada más!

Indudablemente este pequeño episodio

determinó á aquella mujer entusiasta á la extraña acción que realizó apenas nos dormimos rendidas de cansancio. Debió de figurarse que la intervención del cura quitaba á la Santa todo su mérito y su virtud. Esto lo discurro yo ahora, y creo que la ciega, allá en su religiosidad rara y de persona ignorante, se sublevaba contra la idea de que hubiese intermediarios entre el alma y Dios. ¿Si no, cómo se explica su atrevimiento? Al calor de las sábanas dormía yo con un sueño completo y profundo, y no desperté de él hasta que sentí una impresión glacial, como si me azotase la cara el aire libre. Hasta me pareció que me salpicaba la lluvia, y al mismo tiempo noté que una fuerza desconocida me empujaba, llevándome muy aprisa por un camino negro como boca de lobo. Fué tan aguda la sensación y me entró tal miedo, que me agité gritando, y oí una voz cavernosa, la voz de la ciega, que me decía:

—Señoritiña, calle, que vamos junto á la Santa. Calle, que es para sanar.

Y enmudecí, sobrecogida, no sé si de terror, si de gozo. La persona que me llevaba en brazos andaba aprisa, tropezando algunas veces, otras deteniéndose, sin duda á fin de orientarse; y de pronto oí que su mano golpeaba una puerta de madera, y su voz se elevaba, diciendo con furia: «Abride». Abrieron, y divisé una habitación, ó, mejor dicho, una especie de sombría barraca, iluminada por una vela de cera en alto candelero. Yo en aquel instante nada comprendía: estaba como quien ve una aparición portentosa y no se da cuenta ni de lo que siente, ni de lo que aguarda. Tenía ante mis ojos á la Santa de Karnar.

En una cama pobre, pero muy superior á los toscos *leitos* de los aldeanos, sobre el fondo de dos almohadas de blanco lienzo, vi una cabeza, un rostro humano, que no puedo describir sino repitiendo una frase de la ciega, y diciendo que era *una imagen de carne*. El rostro, amarillento como el marfil, adherido á los huesos, inmóvil, expresaba una especie

de éxtasis ; los ojos miraban hacia adentro, como miran los de las esculturas de San Bruno ; los labios se estremecían débilmente, cual si la Santa rezase; las manos, cruzadas y enclavijadas, confirmaban este supuesto de perpetua oración. No se adivinaba la edad de la Santa : por la transparente diafanidad de su semblante, por la tenuidad de su piel, ni parecía niña ni vieja, sino una visión, en toda la fuerza de la palabra : una visión del mundo sobrenatural. Considérese lo que yo sentiría, y el espanto religioso con que mis ojos se clavaron en aquella criatura asombrosa, extática y como transportada ya á la gloria de los bienaventurados.

Un aldeano y una aldeana de edad madura, que velaban junto al lecho, me alargaron entonces silenciosamente un cirio que acababan de encender : lo tomé con igual silencio, y la aldeana, acercándose al lecho y persignándose, alzó la ropa, entreabrió unos paños, y mis horrorizadas pupilas contemplaron el cuerpo de la mujer que sólo se alimentaba con la Hos-

tia.... ¡He dicho cuerpo! Esqueleto debí decir. La Muerte que pintan en los cuadros místicos tiene esos mismos brazos, de huesos sólo, ese esternón en que se cuenta perfectamente el costillaje, esos muslos donde se pronuncia la caña del fémur.... Sobre la armazón de las costillas de la Santa no se elevaban las dos suaves colinas que blasonan á la mujer delatando la más dulce función del sexo, y, en lugar de la redondez del vientre, vi una depresión honda, aterradora, cubierta por una especie de película, que, á mi parecer, dejaba transparentar la luz del cirio....

Pues con todo eso, la santa de Karnar no me asustaba; al contrario: me infundía el deseo que despiertan en las almas infiltradas de fe las carcomidas reliquias de los mártires: alrededor de la osamenta descarnada y negruzca, me parecía á mí que divisaba un nimbo, una luz, algo como esa atmósfera en que pintan á las Concepciones de Murillo.... No lo atribuya V. ni á romanticismo ni á cosa que se

le parezca: es una verdad, porque hoy veo lo mismo que vi entonces, y comprendo que la Santa de Karnar.... *estaba hermosa*. Lo repito, muy hermosa...., hasta infundir un deseo loco, ardentísimo, de *besarla*, de dejarse los labios pegados á su pobre cuerpo desecado, donde sólo entraba la Eucaristía....

Yo me encontraba tan débil como he dicho á V. Yo me sentía desfallecer momentos antes. Yo no servía para nada. Pues de repente (no crea V. que es ilusión de la niñez....), de repente siento en mí un vigor, una fuerza, un impulso, un resorte que me alzaba del suelo; y llena de elasticidad y de júbilo, me incorporo, cruzo las manos, alzo los ojos al cielo, y voy derecha á la Santa, sobre cuya frente clavo con avidez la boca.... La de la Santa se entreabre, murmurando unas sílabas inarticuladas, que, según averigué después, debían de significar: «Dios te salve, María». Pero, ¡bah!, yo juraré siempre que aquello era «Dios te sane, hija mía». Y me entra un arrechucho de feli-

cidad, y siento que allá dentro se arregla no sé qué descomposición de mi organismo, que la vida vuelve á mí con ímpetu, como un torrente al cual quitan el dique, y empiezo á bailar y á hacer piruetas, gritando: «¡Mamá, mamá! ¡Gracias á Dios! ¡Ya estoy sana!»

.....

Quien se puso furioso fué Lazcano, el de la coleta, cuando rebosando alegría le enteramos del suceso. «Pudo matarte esa vieja loca y fanática, hija mía. Fué una imprudencia bestial. Conforme te sentó bien, si te da por reventar, revientas. Claro, una sacudida así.... ¡Mire V. que la Santa! De esa Santa ya le han hablado al Arzobispo, y teme que sea alguna embaucadora, y va á mandar á Karnar dos médicos y dos teólogos, personas doctas y prudentes, que la observen y noten si es cierto lo de no comer.... Para mí, sin verla, ya sé lo que le duele. Esa mujer trabajaba, cocía pan en el horno; salió un día sudando, quedó baldada, y se ha ido consumiendo así.... Es caso raro, pero no mila-

groso. Si le pudiese yo hacer la autopsia, ya le encontraría en el estómago algo más que la Hostia.... Su bronita ha de haber.... Pero líbreme Dios de meterme en camisa de once varas, que al Padre Feijóo le costó grandes desazones el desenmascarar dos ó tres supuestos milagros....

—Señor de Lazcano (interrumpió mi madre): ¿pero la niña, está mejor, ó no lo está?

—Lo está; ya se ve que lo está. ¡Linda pregunta! ¡Qué madamita esta! La niña ha entrado en sus trece.... y yo me quedo en los míos.

UN JESUITA NOVELISTA [1]

(EL P. LUIS COLOMA)

Del púlpito á la novela.—Influjo de Fernán en los novelistas católicos.—Cambio desfavorable bajo la Revolución.—Nuevas direcciones con la Restauración y la Regencia.—Afirmación de la personalidad del P. Coloma.—Su censura de la aristocracia.—Su conocimiento de causa.—Orígenes de la decadencia aristocrática.—El remedio social del P. Coloma.—Condiciones literarias de su novela.

Hace algunos años, no muchos todavía, que un jesuíta conocidísimo en la corte subió al púlpito de la iglesia donde predicaba con ocasión de ciertos ejercicios espirituales, seguidos asiduamente por la aristocracia femenina. Con voz de trueno y actitudes oratorias en que se descubría un celo indignado, el Padre habló de las costumbres de las señoras

[1] *Pequeñeces*, por el P. Luis Coloma, de la Compañía de Jesús: dos tomos; Bilbao, 1890.

de alto coturno; y tales cosas dijo, y las dijo de tal modo, que alguna egregia dama que del devoto auditorio formaba parte, no pudo, aunque tan serenísima señora, conservar la serenidad, y presa de mortal congoja abandonó aquel recinto. Á las pocas horas, el Rey, el Nuncio, los ministros de la Corona y *tutti quanti* estaban impuestos del caso y acordes en el modo de resolverlo; y á las poquísimas, el nuevo Elías ó Isaías era enviado á profetizar, mejor dicho, á callarse la boca, en otras comarcas de Israel. Lo que ni entonces, ni acaso hoy, pudo seguir diciéndose desde el púlpito, se dice (¡valiente salto!) en la novela....; y ahí tienen Vds. por qué la literatura española contemporánea se honra y regocija con el advenimiento de un gran novelista más, el P. Luis Coloma.

Nadie piense que esta es suposición gratuita mía. El mismo novelista lo declara textualmente en el substancioso prólogo de su libro. «Has de tener en cuenta—dice al lector—que, aunque *novelista* pa-

rezco, soy sólo *misionero;* y así como en otros tiempos subía un fraile sobre una mesa en cualquier plaza pública, y predicaba desde allí rudas verdades á los distraídos que no iban al templo, hablándoles para que bien le entendieran en su mismo grosero lenguaje, así también armo yo mi tinglado en las páginas de una novela, y desde allí predico á los que, de otro modo, no habían de escucharme, y les digo en su propia lengua verdades claras y necesarias, *que no podrían jamás pronunciarse bajo las bóvedas de un templo.*» Ya en otro prólogo curioso y memorable de igual procedencia, leyéramos cuatro años hace: «Hoy todo es cátedra, todo es púlpito, desde donde puede y debe bajar la enseñanza de Jesucristo.... Lejos, pues, de anatematizar á los buenos novelistas, les concedemos la gran misión, la trascendental tarea que atañe al hábil confeccionador de *contravenenos*....»

Á la verdad, estos propósitos del Padre Coloma tienen precedentes, como rara vez deja de tenerlos una corriente litera-

ria, de cualquier índole que sea. Por obedecer á su conciencia; por espíritu de partido, y también en ocasiones por arrimar á buen árbol la inopia del ingenio, otros escritores habían publicado novelas *católicas, con fin moral:* y el juicio del público había sido para ellas tan severo como justo, desestimando la lección ó relegándola al olvido. No reside, pues, la originalidad del Padre en el intento, sino en el modo de realizarlo; conviene que lo entiendan así los predicadores de antes, y vean cómo no está el toque en tomar un púlpito en cada dedo, sino en la manera de tomarlo. Al llegar aquí, se nos viene á la pluma un nombre y lo estampamos con respeto cariñoso: es el de Cecilia Böhl de Faber, en el mundo de las letras Fernán-Caballero. Novelista era Fernán, y católica ferviente por añadidura: en muchos pasajes de sus libros resplandece su fe; sin embargo, á esos libros no les llamaríamos *púlpito*, porque la idea inicial de la escritora no es *predicar,* sino *reproducir* la belleza de una tierra, lo pinto-

resco de unas costumbres, lo típico de un pueblo que, por el contraste, hirió más vivamente su fantasía de hija del Norte. La religiosidad en Fernán—aunque tan sincera—es una determinación sentimental, propiamente femenina; de enseñanza dogmática y doctrinal no se trata. Parecerá contradictorio esto que afirmo á los que lamentan, con disculpable enfado, que las obras de Fernán estén plagadas de *sermones*. Modifiquen el sustantivo: digan *declamaciones*, y quedaremos de acuerdo. Insistamos también en que de Fernán y de su escuela se derivan casi todos los escritores contemporáneos *popularistas* y oficialmente católicos. Aunque al desplegar las alas encontrasen su propio camino y lo recorriesen con firme paso, no por eso pueden negar el influjo de la escritora suiza. Véanse los libros de la primera manera de Pereda, y véanse los del P. Coloma, que empezó por *fernanista* devoto.

En el P. Coloma precedió la influencia amistosa á la literaria. Cuando el insigne

jesuíta cursaba y terminaba la carrera de Derecho en la Universidad de Sevilla, hubo de tratar, más que íntima, familiarmente, á la autora de *La Gaviota*. Era avanzadísima entonces la edad de Fernán; pero los años no habían gastado en su dulce corazón una de las grandes fuerzas afectivas, la amistad, que en casos semejantes, tomaba carácter materno. Aquella excelente anciana fué para Luis Coloma abuela, más bien que madre: fomentó sus aficiones literarias, ya mimándole, ya regañándole; corrigió sus primeros ensayos; y en una novelita ó narración escrita entonces, y reproducida después con variantes, bajo el título de *Juan Miseria*, en más de un pasaje colaboraron la maestra y el discípulo, el cual reconoce con nobilísima franqueza cuánto debe á la ilustre mujer que le imprimió la dirección inicial. Prenda de este cariño elevado á veneración profunda es una de las narraciones de la colección titulada *Lecturas Recreativas*, publicada en 1887: *El Viernes de Dolores*. Por ella no sólo

conocemos un caritativo rasgo de Cecilia, sino la curiosa silueta de su ancianidad, y la vemos en la capilla donde se celebraba el quinario del Santo Cristo de la Espiración, con su mantillita, su traje negro y modesto, sus ricitos á lo *nene* y su banco de tijera pendiente del brazo. Fresca aún la impresión producida en el alma del estudiante de derecho por la gloria y la autoridad moral de Cecilia, la narración citada y otras del tomo parecen caídas de la pluma de Fernán en sus días mejores, cuando aún no la hicieran temblar los años. La buena época de Fernán es anterior á la Revolución, que la privó de regias protecciones y cuyo fragor de atropellados sucesos obscureció los últimos años de la escritora y sus postreros escritos.

Con la lucha revolucionaria mudó de giro la literatura católica, tomando cierto agrio carácter apologético y polémico, muy perjudicial desde el punto de vista del arte. Confundidos los intereses políticos y los religiosos, afrancesado el catoli-

cismo literario por la imitación del virulento Veuillot, cruzáronse las novelas como floretes en el asalto, y aparecieron apóstoles laicos que, entre otros inconvenientes para ejercer su apostolado, tenían, según pública voz, el resabio de los augures del paganismo. De algún novelista entonces muy en boga y representante del *bien pensar*, repetíase una atroz blasfemia, que á guisa de chuscada solía permitirse decir entre amigos. Invención ó dato real, el cuento revela que la propaganda religiosa en la bella literatura se hacía por hombres fríos, sin convicciones, sin prestigio, sin efusión de caridad. Y los espíritus sinceros que entre aquellos nuevos cruzados pudiesen encontrarse, adolecían de miras tan estrechas, de tan pacata timidez, de tal miedo y escrúpulo, que encerraban á la literatura católica en el círculo de las sacristías, y no mojaban la pluma sino en agua bendita y aceite de santolio. Para ellos sin duda se escribieron ciertas frases del prólogo de *Pequeñeces*, donde el P. Coloma se cura en sa-

lud, y animado de *ira literaria* se previene contra las «almas pías y asombradizas, que no han salido de esos limbos del entendimiento que engendra, no tanto la inocencia del corazón como la falta de experiencia». ¡Ah! Tiempo era de que alguien *de la casa* reivindicase las franquicias del arte y de la realidad, y por esta sola gracia (aunque no tuviese otra), sería ya muy digno de aplauso el Padre.

No cabe duda: el período de estabilidad política que desde la Restauración atraviesa España, se deja sentir en las letras. Después de tanto gritar contra el coco del naturalismo, los escritores católicos se hacen cargo de que no iban por buen camino al excomulgar, al desconfiar, al mutilar la vida, al condenar ciegamente novedades literarias ni más ortodoxas ni más heterodoxas que las precedentes. Acaso ha remanecido en algunos cerebros directivos del alto clero y de las Órdenes religiosas la noción, en mal hora olvidada, de que las épocas de esplendor de la Iglesia fueron aquellas en que contó en

su seno, no tan sólo á los santos más ejemplares, sino á los artistas más eximios. Quizá se comprende hoy ó se va camino de comprender que hay labores de pluma tan gloriosas como la eterna refutación de Draper y el perpetuo proceso contra el liberalismo. (¡Dios de Fray Gabriel Téllez y del Padre Isla, permita tu Providencia que esto no sea ilusión!) No ha mucho cayó en mis manos un número de revista católica, *La Ciudad de Dios:* incitóme á hojearlo un artículo sobre Espronceda; y mientras temía encontrar alguna diatriba pulpitable, algún furibundo hisopazo, vi con sorpresa gratísima un estudio literario bastante sereno é imparcial, realzado, más que por la variada erudición del autor, el P. García Blanco, por cierta templanza del mejor gusto. Cuando considero á estos religiosos que cultivan racionalmente la crítica y la novela, y aceptan los nuevos métodos; cuando veo detrás de ellos, en el orden cronológico, á Menéndez y Pelayo, que cada mañana se despierta más

amplio y más comprensivo; á Pereda, que ha soltado los andadores *tendenciosos,* creo en la absoluta compatibilidad del más acendrado catolicismo apostólico romano, y el pleno cultivo del arte, las letras, y «todo linaje de humanas disciplinas». Protesta el P. Coloma que se propone ser misionero bajo el disfraz de novelista. Atengámonos, no á las palabras, sino á los hechos. La novela, fruto de esa intención edificante, ¿es acaso inferior á las que con propósito meramente artístico escriben nuestros novelistas más celebrados? Si no lo es, como creo firmemente, ¿qué valor le quitará á los ojos de nadie, ni aun del incrédulo empedernido, el fin á que se ordena? Y no se me acuse de inconsecuencia, porque habiendo visto sin entusiasmo ciertas novelas tendenciosas (ejemplo: *De tal palo tal astilla),* pongo sobre mi cabeza la del P. Coloma. La tendencia debe ser á la obra de arte lo que el alma al cuerpo, que lo informa, pero invisible. Además, el *misionero,* que no combate por banderías momentá-

neas, sino lidia con el mal perenne, nuestra flaqueza, nuestra imperfección, nuestras pasiones y nuestros pecados, ó es un pobre Fray Gerundio, ó ha de ser un moralista que, en las líneas generales, coincida con todos los profundos analizadores de la humanidad, en cuyo número se cuentan los novelistas insignes. ¿Imaginan Vds. que entre Balzac y el autor de *Pequeñeces* cabrían radicales disentimientos?

Es irrefragable que hay obras maestras del arte humano donde no se propuso el artista sino encarnar un concepto de belleza, ó tan sólo obedecer á aquel instinto de animal el más imitador, que, según Aristóteles en su Poética, distingue al hombre. Hemos reclamado para estas obras *sin fin moral* plenos derechos de ciudadanía, y hasta hemos protestado contra la confusión de atribuciones que consiste en hacer del artista un profesor de verdades éticas, científicas ó religiosas. Pero nunca persona en su cabal juicio puso tachas á la obra de arte cuando sin

perjuicio de llenar su propio y genuino fin, y de llenarlo cumplidamente, encierra, no una *lección*, palabra fea y pedagógica, que es hora de ir desterrando, sino una *manifestación* moral. La moralidad no es *causa adecuada* del arte, pero sí puede ser *causa inadecuada ó parcial*, como diría Benito Espinosa. El arte no *hace* la moral, la *padece*. Corolario: que todo pende de amañarse bien. El P. Coloma predica para el saco, claro está; no sólo es predicador *católico*, sino *jesuítico*, pues en sus libros, la salvación por la Compañía viene siempre: ¿cómo se las habrá compuesto en *Pequeñeces*, que, por punto general, el arte sale incólume?

Antes de examinar la nueva y ruidosa obra, una ojeada á la producción anterior del novelista y sus antecedentes literarios. De los biográficos prescindiré, porque las biografías de personajes vivos son una engañifa y un riesgo. Imitemos á la Academia de la Historia, que sella cuidadosamente los papeles contemporáneos; y no porque en la vida del P. Coloma haya nada

sigilable, sino porque cuanta más dignidad lleva en sí una vida, más acreedor á respeto es el pudor de su clausura. Quédese en sombra la antigua personalidad del escritor; piensen sus lectores, si gustan, que ha nacido con bonete, según cándidamente suponen de sus profesores jesuítas los chiquitines de los colegios; y vamos á los escritos, que, en último caso, es lo que importa. Yo había oído encomiar, en distintas ocasiones y á personas de muy diverso criterio, unas novelitas, relaciones ó sucedidos que publicaba un jesuíta en el *Mensajero del Corazón de Jesús.* «Padre Franco tenemos, y gracias», dije para mi sayo, queriendo resistir al impulso de esperanza que nunca muere. Poco después llegaba á mis manos uno de aquellos opúsculos, *Pilatillo,* que el autor tuvo la cortesía de enviarme, y rebosando consideración literaria, modifiqué el juicio: «Á nadie he visto más penetrado del espíritu de Fernán; si este jesuíta *quisiera* y *pudiera,* facultades le sobran para dejarse atrás al modelo». Siguió á *Pila-*

tillo la lectura de *La Gorriona*, y nueva rectificación de mi parte: «Esto ya se aparta de Fernán. Aquí hay una fuerza, una amargura, una *sabrosa hiel* que Cecilia nunca destiló. En este Padre se prepara *algo*. Dígnese el Santo abogado de la literatura en la corte celestial interceder á fin de que el Superior y los censores consientan escribir largo y tendido al novelista futuro». La publicación de *Lecturas recreativas* y *Del natural* robusteció mis presentimientos; *Pequeñeces* los confirma.

En las dos colecciones de historietas del P. Coloma, el novelista aparece en estado de larva; se indica, se delata aquí y allí, con una descripción, una observación, diez líneas palpitantes, analíticas ó gráficas; y de pronto, como si le cohibiesen temores ó remordimientos, como si, á manera de ciertas monjas de exaltado misticismo, se ruborizase de sus perfecciones, conviértese en el escritor para «almas pías y asombradizas», que sólo aspira á ocultar en la *rosa de trapo* de la

labor literaria el *brillante* de la enseñanza moral y religiosa.—No obstante, bien ciego es quien no ve por tela de cedazo. *Polvos y lodos*, *Medio Juan y Juan y medio*, *¡Era un santo!* y *La Gorriona*, eran indicios, ó más bien argumentos en favor de la capacidad del novelista. El problema quedaba reducido á estos términos: ¿se resolvería el P. Coloma á escribir una novela completa, remontada, de importancia artística? Caso que la escribiese, ¿le permitirían publicarla? ¿Entraría por ella la tijera censoria con tal rigor que la dejase emasculada?

Para los que habíamos admirado *La Gorriona;* para los que no olvidábamos la frustrada homilía del P. Mon, *Pequeñeces* no ha sido novedad tan sorprendente como feliz. Si el clero regular y secular aprende el camino que en esta ocasión le enseña la Compañía de Jesús, volverá á poseer una literatura entera y varonil, como en siglos más prósperos. Ya sé que no todo el mundo piensa así; que *Pequeñeces* asusta á muchos, y que

no falta quien asegure que si el P. Coloma no fuese el autor de *Pequeñeces*, sería el confesor que prohibiese su lectura. En cambio, los lectores «corridos y poco asustadizos, conocedores de las miserias humanas y amantes de la verdad, aunque ésta amargue», se internan sin miedo en el libro, no encuentran nada que les sea desconocido ó se les haga insufrible, y bendicen á la persona á quien el autor está sometido por obediencia, y que tuvo el delicado paladar de no imponerle eufemismos, raspaduras y veladuras que robasen todo su vigor al cuadro. (Entiéndase que me refiero al cuadro en lo que tiene de *genérico:* respecto á lo *individual*, he de hacer bastantes restricciones.)

En las historietas publicadas por el Padre Coloma antes de salir á luz los dos tomos de *Pequeñeces*, ya podía notarse un matiz de indulgencia con la plebe, y bastante pesimismo respecto á las clases pudientes, elevadas y conservadoras. En *El primer baile*, relación curiosa donde se mezclan las sales andaluzas con las

alucinaciones de un Edgardo Poe tonsurado, personificación de la ceguedad y la frivolidad es una marquesa, de la estupidez y brutalidad moral un duque. En *Polvos y lodos*, siempre con admirable donaire, se flagela á la juventud aristocrática, que sobre la gloriosa cimera del antepasado, que adornó la misma Isabel la Católica con corona condal, aplica una montera de torero. En *La maledicencia*, otro duque, digno compañero del de *El primer baile*, ronca ahito y recuerda «con cierta fruición belicosa», y como única impresión de su vida militar, el haber olido la pólvora de los castillos de fuego, que por entonces se quemaban en las regias fiestas. En *La Gorriona*, las casas del gran mundo donde se reune la nata, salen equiparadas en sus resultados á las romanas fórnices, y la imprevisora dama que recibe á sus amigos para proporcionarles un rato de solaz, comparada á la infame vieja zurcidora de voluntades....

En *¡Era un santo!*, la mano del novelista es, si cabe, más dura, y su palmeta

levanta verdugones más crueles en las espaldas de las clases acomodadas y directivas. Más crueles digo, porque la sátira no va contra los vicios ya registrados oficialmente, sino contra esas burguesas virtudes que concilian el respeto de la multitud, y el austero religioso considera solapadas formas de la sensualidad pagana; contra una familia que los seglares juzgaríamos excelente, al verla unida por «uno de esos cariños grandes y profundos, pero que, desprovistos de toda idea sobrenatural, podrían muy bien llamarse *paganos:* sentimientos blandos, pegajosos, sensuales, que no parece sino que salen de la carne y van á parar á la carne, como si fueran las moléculas y no los espíritus los que se atrajesen y amasen». El alegato del jesuíta contra esa familia mueñe y carnal, se formula por boca de Sancho Ortiz, personaje muy bien planteado en cuatro plumadas. «Ni yo soy náa, ni náa me importa.... Pero me gusta ver á las obras acordes con las ideas.... Si un cristiano se muere, que le lleven un cura;

y si se muere un egipcio, que le lleven una vaca, para que se agarre del rabo y muera contento.... Pero lo que no entiendo es á esta gente devota.... una barbaridá de novenas, una barbaridá de golpes de pecho, y luego llega la muerte y se asustan del cura.... Pues, ¡caramba!.... Si creen, ¿por qué no obran? Y si no obran, ¿qué demonche es lo que creen?» Según mis noticias, por razones análogas increpaba el P. Mon á sus elegantes devotas: «Hoy venís aquí llenas de aparente contrición, bajando la cabeza, sombreado el rostro por la blonda del velo.... y ayer noche, en la representación del *Demimonde*, vestidas de claro, escotadas, engalanadas, impúdicas, os mofabais de Cristo.... ¡Donosos ejercicios espirituales!» Esta idea domina en *Pequeñeces*, obra de sangrienta y quemante sátira, pero no dirigida contra los impíos, los libre-pensadores ni los indiferentes, sino contra los creyentes á medias, aquellos *tibios* anatematizados por el Evangelio; los que en el orden político hicieron la Restauración,

y en el moral la componenda, las *transacciones con el cielo;* los que encienden «á Dios una vela y al diablo todos los colmenares de la sierra».

En estos últimos años, la novela ha intentado repetidas veces estudiar (?) las costumbres de las altas clases; novelistas de mayor y menor cuantía metieron la hoz en ese campo, siempre con propósitos satíricos, sin lograr satisfacer á los jueces imparciales y conocedores del terreno, y aun disgustándoles con errores hijos de indisculpable inexperiencia. Porque el único ciudadano que no tiene derecho para desviarse de los salones, es ciertamente el que aspira á pintarlos, y este canon perogrullesco, no de la estética realista, sino del humilde sentido común, se les olvidó á nuestros novelistas, los cuales obraron como aquella guisandera que, para aderezar un gallo con arroz, omitió retorcer la pescueza y arrancar las plumas al animalito....

Un crítico y publicista de grande y merecida estimación, José Yxart, pregunta-

ba en un artículo que vió la luz en *La Vanguardia* de Barcelona: «¡Pero, señor!.... ¿Qué tiene esa singular aristocracia madrileña, que nadie acierta á describirla? ¿Es, por ventura, una sociedad fuera de lo imaginable, ó que requiera más prolijas y profundas investigaciones que las demás?» Y yo, al leer á Yxart con el agrado é interés de costumbre, tenía en los labios: No es verdad que nadie acierte á describirla. Ahí está el P. Coloma, que, á lo que yo puedo colegir, la describe al primor, en segundo lugar, porque desde la edad de doce años que salió de casa de sus padres para la escuela preparatoria naval, que estaba entonces en San Fernando, hasta hace diez y siete que entró en la Compañía, llevó siempre vida de hombre de mundo, y frecuentó íntima y asiduamente la sociedad más selecta. Y claro está que si no es fácil adivinar el modo de ser del pueblo, menos complicado y matizado, tampoco se puede retratar de oídas la humanidad que frecuenta los salones. ¿Qué opinaría mi amigo Yxart de un escritor

que juzgase á los catalanes según los chascarrillos y tipos que ruedan en sainetes y caricaturas, desconociese ese emporio de civilización y arte, y creyese que en él no existen más que comisionistas, obreros y payeses? ¿Verdad que lo menos duro que le diría á ese escritor sería aconsejarle que se diese una vueltecita por Barcelona? Variados disfraces adopta el orgullo, y no es el más insidioso ese de fingirse bien enterado de *cómo se baila:* mayor refinamiento de soberbia implica el suponerse dotado de la milagrosa intuición de cómo se baila, come, siente y habla en ciertos círculos.... sin mirarlos ni de cien leguas.

Y una circunstancia agravante del pecado de *arquitrabe* me parece el fin satírico, porque tal sátira constituye un juicio temerario. Pase—y es mucho pasar—que se describa lo que no se conoce; pero que se *fustigue*.... El procedimiento me recuerda cierto diálogo que sostuve con un religioso, el cual goza fama de docto, y en otras cuestiones no diré que no lo

sea. Me hablaba él con reprobación de las obras de cierto famoso dramaturgo, sosteniendo que allí se hacía «la apoteosis del amor libre». Pregunté asombrada que en cuál había leído mi interlocutor esa apoteosis, y respondió con desdén: «Yo no tengo tiempo para perderlo en leer tales cosas».

Lo repito: en mi humilde opinión, y aunque por razones del orden político se pretenda ahora negarlo, el P. Coloma ha roto el maleficio de la novela de alta sociedad. Todo *Pequeñeces*—giros de lenguaje, acciones y movimientos de héroes y heroínas, detalles de indumentaria y mobiliario—revela la maestría del artista familiarizado con el modelo. Una naturalidad exquisita, un aplomo de buen género (tan diferentes del azoramiento y disimulado malestar ó la familiaridad grosera del intruso) distinguen á ese fiel, risueño y feroz analista de la alta *crema*. Desde las primeras páginas se advierte que aquello no es *naturalismo*, ni nada que en *ismo* termine, sino, casi siempre, la pura

verdad. No atreviéndome, sin embargo, á fiarme en mis impresiones, porque trabajos y viajes me han tenido bastante alejada de la vida de salón que llevé en los primeros de mi juventud (precisamente la época en que se desarrolla la acción de *Pequeñeces*); deseosa de confirmar ó rectificar mi juicio, tomé lenguas, pregunté á diestro y siniestro...., y, en los primeros momentos, los testimonios fueron favorables al jesuíta. Después se reaccionó, y la cuestión ha ido degenerando, de literaria, en social y política. Sin embargo, el concepto más fuerte que he oído acerca del Padre, es que *exagera*. Que vaya á ciegas, nadie lo cree.

Para apreciar á *Pequeñeces* conviene tener en cuenta que el fondo de la novela es histórico, aunque de historia novísima: la Restauración. Mientras parte de la nobleza de provincia y masas inmensas de pueblo se unían y alzaban tomando por bandera el nombre de Carlos VII para promover una verdadera guerra religiosa, la aristocracia residente en Madrid ó

lanzada al extranjero por los vendavales políticos, preparaba, conspirando tras los biombos, el retorno del hijo de Isabel II. Alentaban en esta aristocracia alfonsina—y esto lo presenta muy de relieve el Padre—gran número de aspiraciones tradicionales de la España antigua, debilitadas y combatidas, no por la franca aceptación de una nueva marcha social, no por un generoso espíritu de libertad, fraternidad y progreso, sino por el escepticismo, la frivolidad y el ansia de goces de la sociedad moderna. Si ascendiésemos pedantescamente por la historia arriba, diríamos que nuestra aristocracia fué predestinada á esta decadencia desde el siglo XVI, cuando la Monarquía arrasó castillos y fortalezas y degolló al feudalismo en el mariscal Pedro Pardo, y desde los XVII y XVIII, en que los nobles se convirtieron en palaciegos, y la tizona matadora de infieles en espadín incrustado de nácar. En España, —si exceptuamos á Galicia, Cataluña y Aragón, —nunca el feudalismo pudo levantar cabeza; los re-

yes vigilaban para descabezarlo, y les ayudaba en su tarea el genio profundamente democrático é igualitario de nuestra raza. Vuelto el león feudal en doméstico faldero, los reyes sumaron la adhesión de los nobles á la del populacho, y el absolutismo monárquico echó lentamente raíces, extendiendo sus negras ramas hasta dar por venenosa flor el fanatismo servil de los primeros años del reinado de Fernando VII. — De tan largo período de enervante vida cortesana; de tantos lustros de dorada inacción, tenía que salir la aristocracia como la diseca el P. Coloma: sin norte fijo, con creencias religiosas medio dormidas en el alma, con una devoción de cascarilla y buen tono, pero incapaz de austeridades, abnegaciones y sacrificios, con un monarquismo *frondista*, con cierta relajación de la fibra que se traduce en pactar, transigir y cerrar los ojos, con ingénito desvío hacia todo lo grave, fuerte y radical, con el vago miedo al infierno y el horror á la cursilería por preceptos fundamentales del Decálo-

go. No obstante, esta clase, ornato del trono, minó con su retraimiento el del duque de Aosta, y aprovechando el hastío y cansancio de la Nación, preparó tan grave suceso como la vuelta de los Borbones, que el P. Coloma describe de un modo magistral, en sus resortes íntimos, —el aspecto de que prescinden los *historiadores* calificados.

Novela que aspire á aplicar el cauterio de la sátira ó siquiera los procedimientos del análisis á una clase social, debe ante todo proponerse la resolución de estos problemas:—¿Se diferencia esa clase, en algo esencial é íntimo, de las demás? ¿Desarróllase en ella un germen de infección que en las otras no encuentra terreno propicio? Los pecados que en ella solicitan la vena satírica, ¿son más veniales en las otras?—Si el novelista es hombre de perspicacia, como el P. Coloma, no se le escapará ese microbio, ese *mal* característico de la aristocracia española en los últimos cuarenta años, esa lesión de la energía moral que, no permitiéndole man-

tenerse fiel al ideal del pasado, le impide también aceptar el del presente y soñar el del porvenir. Porque otros vicios y pecados, no sólo son comunes á la aristocracia y á las restantes clases sociales, sino que bien podemos afirmar que abundan más en las últimas. La concupiscencia carnal (hablemos en lenguaje de confesonario) no reconoce categorías, difiriendo sólo las formas más ó menos groseras que reviste, y si se ha de juzgar de la moralidad de una clase por la conducta de sus mujeres, las damas de la nobleza española, prescindiendo de contadas excepciones, dejan bien puesto el pabellón. Prepondera lo sano, y el mismo P. Coloma lo reconoce, como se verá. De otra inmoralidad muy frecuente, la venalidad política y administrativa, en la mesocracia se advierten mejor los estragos. Vino, juego, ira y gula, sea á lo fino ó á lo zafio, se ven doquiera. La soberbia tampoco es pecado de nobles: cualquier *parvenu* se fincha más, á los dos días de calentar una poltrona, que los grandes se-

ñores, por regla general llanos y atentos.

Distínguense, pues, los nobles, no por viciosos, sino más bien por inertes. En esa anulación social que impuso á buena parte de la aristocracia española la vida áulica, hay que buscar el secreto de las vanas aficiones, el ansia de goces externos y aparatosos, los derroches insensatos, la inconsistencia de la religiosidad, el olvido de las pasadas glorias y la fatiga de los resortes morales, que en la novela del P. Coloma patentizan caracteres como el admirable de Sabadell, el no menos hermoso (dentro de la nota cómica profunda) del marqués de Villamelón, el del áureo trinchante, y la condesa de Albornoz, protagonista de la novela.

No había de caer el diestro observador en la vulgaridad de confundir á toda una clase en igual reprobación, y esto se patentiza en el diálogo de la marquesa de Butrón y la marquesa de Villasis. En Madrid *hay un lodazal,* pero no es lodazal todo Madrid ni mucho menos....; «y al quedar deslindados los campos, la lógica de

los números metió la mano inexorable en el *dessus du panier* del gran mundo, y sacó tan sólo catorce mujeres perdidas, por ciento veinte mujeres honradas».

«Un periódico regañón—dice en la misma página—hizo, sin embargo, de las damas de aquel tiempo otra subdivisión distinta. Bastantes buenas. Pocas malas. Muchas que, siendo de las primeras, se parecen á las segundas.» Contra estas primeras, que parecen malas sin serlo, van dirigidas todas las baterías del misionero que se oculta bajo el novelista.

Ya en otra ocasión, oficiando más de misionero que de crítico, á propósito de cierta novela de Pereda, había dicho el Padre que «en la imprudente ligereza y vergonzosa condescendencia con que en esta clase de mundo se mezcla la mujer honrada con la hembra indecente, es donde estriba el mayor mal de esa sociedad». En *Pequeñeces* explana y desarrolla el Padre su método curativo, ni más ni menos que el de la Edad Media contra las pestes: aislamiento, cordón sanitario,

boycotage, que la manzana sana no toque á la podrida.... Las objeciones á este remedio son del orden práctico y del teórico, y nada especiosas. En primer lugar, no hay términos hábiles para establecer esa clasificación rigurosa de «hembras indecentes y mujeres honradas»: aparte de los infinitos matices, de la amplia *zona intermedia*, la sociedad, que no sondea los riñones, que no ve los corazones como Dios, carece de competencia para adjudicar tales diplomas. No puede la sociedad distinguir sino entre el *escándalo público* y el *respeto á las conveniencias* ó decoro externo: de suerte que el gran consejo moral del Padre — sin él quererlo — viene á concretarse en este axioma mundológico: «Salva las apariencias, sé lo bastante cauto, y ya estás libre de mi castigo». Puede este criterio bastar á la sociedad, que representa un convencionalismo en la serie de las relaciones humanas, y le basta en efecto; mas no creo haya de satisfacerse con tan poco el misionero, el hombre de Cristo, el sacerdote. Lo que el P. Coloma

señala como específico, no alcanza ni la categoría de paliativo. Sobre no ser realizable (recuerde el Padre su cuentecillo *La maledicencia*, donde se demuestra que la calumnia á nadie perdona) no es ni siquiera justo, porque acumula sobre un *solo pecado*, y de un *solo sexo*, toda la reprobación social. Curiosa me parece la observación de que en la novela *Pequeñeces*, donde aparecen varios tipos de señoras dignas de respeto, como la Butrón, la Villasis, la Sabadell, etc., no salga varón alguno que no haya que cogerle con tenazas (á excepción del jesuíta consejero de la afligida esposa); y, sin embargo, contra las mujeres y no contra los hombres va dirigida la táctica del bloqueo. ¿Será que, á pesar de coincidir el Padre con mis apreciaciones, publicadas en *La España Moderna*, de que la mujeres todavía la parte más saneada y moral de la clase aristocrática, paga tributo á ese dualismo anticristiano de la moral, que aplica á cada uno de los dos sexos un extremo opuesto del embudo? Á la verdad, la ineficacia

del método del Padre me parece la mejor condenación de esos intentos de reforma, *que no son de este mundo*, y que darían lugar, si se pusiesen en práctica, á curiosas incongruencias y *quid pro quos*. No puede negarse que la sociedad ejercita siempre cierta *selección defensiva*, y que debe ejercitarla; pero con tal cautela, que apenas se note. El Padre desearía, en su celo, algo equivalente á las antiguas *reprensiones públicas;* y calculen Vds. la que se armaría si, volviendo radicalmente á los primitivos tiempos del cristianismo, empezasen las señoras á arrojar de sus saraos, no sólo á las pecadoras, sino al libertino, al concusionario, al mal amigo, al mal caballero, al.... Pero no había saraos en las Catacumbas.

Otra objeción se me ocurre poner á la severidad del Padre; y es que esa condescendencia y tolerancia con el pecado más insolente y público no es patrimonio exclusivo de las clases elevadas por nobleza de sangre ó posición social. Individuos del alto clero y religiosos que acaso

vestían la misma sotana que cubre al misionero-novelista, han extremado en estos tiempos la transigencia con personas en quienes suponían que el modo de vivir más ó menos ortodoxo no amenguaba la devoción y las «buenas ideas», manifestadas, á falta de santidad, por medio de larguezas ó de activa propaganda, en el sentido político más conveniente á los fines religiosos. Y yo no censuro esta forzosa tolerancia, que se deriva de la política de atracción á que la Iglesia se vé obligada por la marcha de los acontecimientos. No es Butrón el único que ha *barrido para dentro*. Lo *actual*, esa Restauración que el P. Coloma ataca, ha sido sancionada por la venida del Nuncio de Su Santidad, cuando aún latía la insurrección carlista, que era en el fondo insurrección religiosa, y proclamaba la unidad católica. *Transigir* no es *aprobar*, y bien lo sabe el P. Coloma. La sociedad transige, sin que apruebe. No prolonguemos este imperfecto análisis de las tendencias políticas y sociales de una obra que literaria-

mente juzgo de primer orden, pues suma al mérito artístico el del suscitar graves cuestiones, y, lejos de hallarse vacía, engalanada tan sólo con bellezas de narración ó de forma, rebosa contenido, medula substantífica, anatomía de los tejidos profundos; pero anatomía hecha con pinzas de plata.

Renuncio á extractar los lances de su argumento, que son muchos y muy dramáticos. Hay en *Pequeñeces* algo del interés superficial de la escuela novelesca antigua, hábilmente refrescado y adaptado á exigencias superiores de la moderna, y á la vez una sobriedad propiamente meridional, que recuerda el modo de contar del pueblo andaluz, y nos tiene pendientes de la boca salada y dulcemente amarga del narrador. «Una guindilla confitá», diremos robando la frase al novelista mismo.

Los capítulos del fumadero y de la llegada del hijo de Currita á la casa paterna, así como el del coche en que Currita arrolla á las turbas, creo que han de conside-

rarse un dechado de perfección. Me satisfacen menos otros episodios, y condeno el de la muerte de los dos niños, donde se clarea sin arte el providencialismo del autor. Por lo demás, el conjunto, aunque de dos gruesos tomos, se sostiene animado, sin prolijidad ni ñoñería; se bebe de un sorbo, y al mismo tiempo despierta ideas y reflexiones; está pensado y compuesto, recamado y orlado con la maestría del novelista ducho, al par que tiene el brío y la exuberancia de las *juvenilia;* reina en el estilo (aparte de algún que otro lunarcillo), grata sencillez, pulcro esmero y facilidad amable; el diálogo es la naturalidad misma; así hablan los magnates y las grandes señoras. En el tino de la composición, en la risueña placidez de la fantasía, en el amenísimo curso del relato, en la gracia y el salero de ciertos pasajes, descuella siempre el meridional de nacimiento ó de adopción, sucesor de Alarcón en cuanto á cautivar y divertir, pero émulo de Galdós en sorprender infraganti la realidad, y resuelto como nadie para

presentarla sin melindres. La heroína de la novela es creación maravillosa, suficiente para incluir al P. Coloma entre los más potentes generadores de criaturas vivas en los dominios del arte. ¡Eso es entender y esculpir un tipo femenino! Y cuenta que los tipos femeninos son peligroso escollo del novelista. El ilustre Pereda jamás acertó á modelar una mujer verdadera y con alma, si exceptuamos á *Sotileza*: ¡y qué distancia tan grande entre la psicología de aquella gaviota y la complicada, decadente y asombrosa Currita, la mujer *más mujer* acaso de la moderna novela hispana! No da el Padre en el error de hacer de una gran señora perdida una *cocotte*. Currita es siempre gran señora. ¡Qué admirables perfidias, qué divinas gatadas, qué monerías tan chistosas y tan verdaderas, qué distinción natural en medio de su epicureismo y sus locas aventuras! Mi propia reserva en lo que concierne á la biografía del P. Coloma excusará lo que voy á decir. Quien así contornea una figura tan real,

tan matizada, tan fina de nervios y tan ligera de sangre, es el primer perito en psicología femenil que existe en España. Es un experto que puede dar quince y raya á los famosos catadores de vino de Cervantes. Tiene los ojos á docenas, como las moscas; ve por defuera y por dedentro, y ve pronto, sin machaquerías de microscopio y lente, y no se le escapa ni tanto así. ¡Mal año para Balzac, en lo que á Currita se refiere!

Ni es Currita sola quien ha salido respirando y sangrando en la novela. Las otras damas son la perfección misma. Isabel Mazacán, Leopoldina Pastor, la marquesa de Sabadell, la señora de López Moreno, la marquesa de Butrón...., tantos personajes como alabanzas. Si es cierto que cada una de estas figuras está trasladada de la realidad, que son gentes con quienes nos codeamos por ahí, fuerza es reconocer que la copia se hizo sin servilismo, con una libertad de diseño que en nada se parece á la prosaica puntualidad de los novelistas de apunte en carte-

ra, que han tomado por las hojas el rábano del documento.

Todo este elogio que voy haciendo de *Pequeñeces* no tiene nada que ver—me apresuro á decirlo—con lo de la *clave,* si *clave* hay, según de público se repite, en esta hermosa novela. Cuando el novelista consigue producirnos la ilusión de la verdad, importa poco que sus figuras sean retratos ó anónimas cabezas de estudio. La cuestión queda reducida á un problema de moral artística. ¿Es lícito aprovechar datos de la vida privada y presentar, aunque sólo sea aislada y fragmentariamente, á los individuos de modo que los reconozca la malicia y pueda señalarlos con el dedo? ¿Tiene este privilegio el novelista? ¿Lo tiene *hasta cierto punto* y no más? ¿Ese límite á dónde alcanza, y en qué ha de diferenciarse la honrada *novela* del libro, papel ó escrito satírico denigrativo de la honra y fama de alguna persona? Yo de mí sé decir que, en mis pobres ensayos, á veces me ha cohibido el excesivo escrúpulo, casi religioso, con

que miro el sagrado de la vida privada. Acaso va la malignidad á donde no fué la intención del artista; pero también el artista, enamorado de la realidad, está muy expuesto á extralimitarse, y me agradaría saber qué extensión da á los privilegios del artista ó del *misionero* el Padre Coloma, voto de gran peso por el hábito y la respetabilidad del que lo viste.

Esta novela ha convertido á Madrid en un hervidero de discusiones, indiscreciones, preguntas, reminiscencias y cuchicheos «detrás del abanico de nácar y de oro», que me río del *Nabab* y el *Inmortal* de Alfonso Daudet. Yo no digo que se haya extralimitado el P. Coloma; sí que la malignidad trae y lleva á los héroes ficticios de su libro, barajándolos con otros de carne y hueso, que alternan en sociedad y ruedan por las esferas de la política. He aquí un peligro más de hacer *novela de altas clases*. Las personalidades salientes y desfavorablemente comentadas no son tantas en número que el dedo malicioso no esté siempre alzado

para señalarlas. Shakespeare lo ha dicho: « Mientras más poderoso es el hombre, más inspira su conducta veneración ú horror; pues la infamia supina se adhiere al rango más alto. Si las nubes velan la luna, su desaparición se nota al punto: los pequeños luminares, por el contrario, pueden ocultarse impunemente. »

Cuestión es esta, de todos modos, aunque gravísima, ajena al arte, y que á la vuelta de algunos años nadie tomará en cuenta para apreciar el mérito artístico de la novela del P. Coloma. Hoy no diré que no contribuya á su prodigioso despacho en las librerías, ni que no trascienda, según fama, hasta las deliberaciones del Consejo de ministros. La crítica literaria tiene que dejarla aparte, y limitarse á saludar en el P. Coloma á un maestro. Ojalá los superiores del Padre sigan disintiendo del Santo, que escribía: « Las novelas son como las setas, que la mejor no vale nada ». Así logrará el autor de *Pequeñeces* la sanción definitiva del gran artista: — la fecundidad.

SIGNO DE LOS TIEMPOS [1].

« La dignidad del que manda está siempre en relación con la de sus súbditos. Mandar en un rebaño, como el pastor, poco vale; mandar á esclavos, antes es desdicha que honra; pero hay algo superior al ejercicio del poder, hasta sobre un pueblo libre, y es reinar sobre la razón, la opinión y la inteligencia, que son las más nobles facultades del alma. »

BACON DE VERULAMIO.

« En política, ¿qué valen las leyes sin las costumbres? »

FRANKLIN.

He aquí lo que contestó á mi epístola el más sesudo de mis corresponsales:

« Querida y sin razón alarmada señora: su muy estimable carta me revela toda la

[1] Escrito este juguete, leo un ingenioso « Plato del día » de Mariano de Cavia, sobre el mismo asunto. Titúlase *Talleyrand y Pantorrilles*, y se lo recomiendo á los que, leído el mío, quieran mejorar de suerte.

extensión de su inocencia respecto á zarandajas políticas. Ha tomado V. el cielo con las manos, y se ha velado la faz.... ¿por qué? Porque unos cuantos miembros del Gabinete que preside D. Antonio Cánovas del Castillo prodigaron estos días grandes y públicas demostraciones de cortesía y afecto á Pantorrilles, el célebre cacique de Castellón, obsequiándole con un banquete en Lhardy, á que asistieron los susodichos ministros. Para convencerse de lo perturbada y ofuscada que se encuentra la inteligencia de V., fíjese en que la base del escándalo que V. manifiesta, no es otra sino el especialísimo traje y aspecto exterior del cacique. Me dice V. que el hombre iba con su zamarra, su calzón corto, sus alpargatas y su sombrerón en figura de seta; que en este mismo arreo penetró en el santuario de las leyes, donde á los simples mortales se les exige la chistera clásica; que así se paseó por todo Madrid, más festejado que un embajador, y que así partió el pan y la sal con sus anfitriones. Diantre; ¡ y yo

que creía que esa misma patriarcal sencillez del vestir en el cacique castellonense iba á hacerle muy simpático á sus ojos de V.!

Nada; Vds. las personas impresionables, nunca se sabe por dónde van á tomar las cosas. Si acierta á darle á V. por comparar á Pantorrilles con aquel personaje de Lope,—Tello de Meneses el viejo,—capaz sería V. de probarnos que nada tan poético y loable como esa constancia en aparecer ante la corte trajeado lo mismo que en el pueblo, y diciendo en romance:

« Dejad al señor las galas
Y á los soldados las plumas;
Volved al paño y la abarca,
Que yo soy mejor que vos
Y tal vez los pies me calzan
Por el riguroso Enero
Las nieves de las montañas,
Y en Junio las canas cubre
Algún sombrero de paja;
Que de agradecido al trigo,
Lo pongo sobre estas canas.»

Ahora se le ha antojado á V., lejos de descubrir la poesía villanesca de la abarca y del paño, ver, en lo que Tello de Meneses hacía por modestia y templanza filosófica, una especie de reto procaz á la opinión, reto en que se mancomunan la maliciosa soberbia del rústico señor feudal de una provincia y el protervo desprecio de la humanidad que caracteriza á buena parte de nuestros políticos. De tan mal humor escribe V., que llega al extremo de suponer que todos los días arrojan los trenes sobre el pavimento de las calles madrileñas, no sólo á honradísimos y acaudalados labradores, sino á industriales en gran escala, á modestos sabios dedicados á la enseñanza en los Institutos y Universidades de provincia, á virtuosos eclesiásticos, á caballeros dignísimos, que supieron guardar consecuencia á las instituciones que nos rigen, cuando esas instituciones eran arrastradas al destierro entre el silbido de la veloz locomotora...., y que, sin embargo ninguno de esos ciudadanos útiles á la pa-

tria y que la honran y sirven cada cual desde su esfera, ha logrado distinciones.... ¿qué es decir distinciones? ¡Ni pronto acceso en la resguardada cámara ministerial, cuando hubieron de pudrirse en la antecámara para pedir en justicia la conveniente reforma ó el despacho de algún expediente ya fósil! Y fundándose en estas malignas presunciones, explica V. la apoteosis de *Pantorrilles* con otro pasaje de la misma comedia :

«... En un librillo he leído
Que en un jumento llevaban
Una diosa, que adoraban
Con el respeto debido
Los que la vían pasar
Hincándose de rodillas;
Cuyas altas maravillas
Pudo el jumento pensar
(Como, en fin, era jumento)
Que eran por él, y paróse.
Viéndolo el dueño, enfadóse
Del soberbio pensamiento,
Y pegándole muy bien,
Le dijo, con voz furiosa :
«No es á ti, si no á la diosa».
Y así, pidiendo primero

Del compararte perdón
Las honras del Rey no son,
Tello, á ti, sino al dinero.»

V. también empieza por pedir, con mucha urbanidad, excusa por la comparación, y luego dice V. que el hincarse de rodillas tan altos personajes cuando pasa el Cosi, no es por él, sino por la Diosa Influencia que lleva á cuestas el insigne patán; pero esa consideración no aminora su enojo de V., pues el «debido respeto» á esa Diosa infernal le parece á V. un fetiquismo ó adoración de la materia, muy característico del giro salvaje que han tomado nuestras costumbres políticas desde que son tan risibles las convicciones y tan bufo eso de creer, pensar y solicitar algo que no sea el apaño propio.

Señora, señora; mire V. que se trata de una pueril cavilación de su ánimo, obcecado en el momento presente. V. atribuye importancia á la ovación ministerial del Cosi, sólo por el maldito detalle, puramente externo, del paño pardo y las abarcas. Á cada momento tenemos en Madrid

cacicazos de tomo y lomo, procedentes de todo el imperio hispano: los que beben las corrientes cristalinas del olivífero Betis, los que tersan y pulen sus rostros con el licor del siempre rico y dorado Tajo, los manchegos ricos y coronados de rubias espigas, los que en Pisuerga se bañan, famoso por la mansedumbre de su corriente, y los que en el Miño se chapuzan, persiguiendo al verdinegro escurridizo anguilucho: todos ellos reciben agasajos, proporcionados al número de actas que pueden regalar ó empollar dulcemente; sólo que, como pagan tributo á la ley social y cubren sus torsos con la levita y embuten sus extremidades en la curtida piel, ni V. ni nadie se fija en las atenciones, galantería y llaneza que con ellos derrocha un ministro. ¡Ah, señora! ¡Cuestión de forma, de apariencia, de exterioridad y de puerilidad por lo tanto!

V., que preveía mi objeción, me sale por un registro ya anticuado y mandado retirar. Dice V. que en toda acción reprensible caben dos males: el de la ac-

ción en sí, y el del escándalo que ocasiona; y que este mal es tanto mayor, cuanto más resonante sea el bofetón á la conciencia pública. En esta circunstancia,—añade V.,—el bofetón coge los dos carrillos, resuena como un cañonazo, y la exterioridad del traje es el *Inri* afrentoso que pregona á toda España el estado de nuestras costumbres políticas. Quien vea mano á mano al omnipotente paleto y á los más altos funcionarios, en el orden gubernativo, de la Nación, preguntará—según V. afirma—si ese hombre trajeado á la usanza labradoresca es algún benemérito de la patria, algún alcalde que en horas de inundación ó epidemia sostuvo á su comarca con riesgo de la hacienda ó de la vida, algún héroe que vestido de sus honradas obras, puede, no codearse con el paño fino de las levitas, sino eclipsar el raso bordado de perlas de la opulenta dama. Y cuando el ciudadano que tal pregunte se entere de la verdadera personalidad del *Abuelo*.... ¡Señora, señora mía, que está V. viendo visiones á fuerza de

candor! ¿Ó se hace V. la ingenua? Porque increíble me parece que escriba V. con seriedad todo eso del escándalo y del bofetón y de la pregunta. No hay escándalo donde nadie se escandaliza; no hay preguntas donde todo el mundo está de vuelta, y no hay ofensa á la conciencia pública donde á nadie le importan dos cuartos de ajonjolí tales sucesos. ¿Escandalizaría el blasfemo en tierra de sordos? ¿Importaría salir como Adán en el Paraíso en tierra de ciegos? Vamos, que, ó V. se chupa el dedo, ó quiere que nos lo chupemos los demás.

Pantorrilles no es *Pantorrilles*. Es un *signo de los tiempos*. Es un hombre providencial. Puede decir como Atila: «¡Yo marcho y Dios me empuja!» La musa de la Historia, la mal engestada y chismosona Clio, se ha dejado en la guardarropía su manto de raída púrpura, á fin de embutirse en la zamarra del árbitro de nuestros destinos legislativos. ¡Paso á la Historia, señora! ¿Imaginó V. que se escribía con punzón de fuego sobre table-

tas de mármol? No; los anales de nuestra era los trazará con pluma de palmípedo, mojada en tintero de asta, el fiel de fechos de Castellón.

De V. afectísimo, aunque contrincante

El Lector de Coria.»

JUICIOS CORTOS

MÁS NOVELA CATÓLICA [1].

Á manera de columna barométrica, el libro del Sr. Polo y Peyrolón, que acabo de recibir y leer, me sirve para comprobar la observación que me sugirió el del P. Coloma: que en la literatura católica se inicia un provechoso cambio. Más de una vez indiqué privadamente al Sr. Polo, persona muy digna de aprecio, escritor castizo, buen discípulo de Fernán, que advertía en sus obras novelescas cierto temor y empacho que sólo podía atribuir á escrúpulos religiosos, y que en mi entender ganaría bastante si

[1] *Quien mal anda, ¿cómo acaba?*: novela, por D. Manuel Polo y Peyrolón, con el retrato del autor, y apuntes biográficos, bibliográficos y críticos.—Valencia, 1891.

adquiriese mayor desenfado, lo cual no se opone, que yo sepa, al dogma ni á la moral. No por mis indicaciones, sino (á buen seguro) por la fuerza de las circunstancias y quizá por el ejemplo del ilustre Jesuíta en sus obras breves, el distinguido catedrático del Instituto de Valencia se muestra en su último libro bastante suelto y franco, y de estas cualidades nuevas y de las antiguas, que eran considerables, resulta una novela amena, festiva, discreta, de agradable placidez y simpática lectura. Una brisa de regocijo corre por algunos de sus capítulos, y el asunto, aunque ejemplar, no da en patético ni en fastidioso. Es la historia de un empedernido solterón, mujeriego incorregible, perseguidor de doncellas menesterosas y cortesano de la ruleta, que muere por donde pecó, cuando ya no peca, es decir, cuando sus viejos pecados son lícitas delicias conyugales. Aunque el tema parece escabroso, la *bonhomie* con que está tratado lo hace hasta amable inclusive. El Sr. Polo y Peyrolón puede hallarse

satisfecho; ha dado un paso más hacia el lugar muy preferente que merece entre nuestros escritores contemporáneos.

Adorna á la novela (y no es figura retórica) un prólogo notable por muchos estilos. Si casi todo él, en su parte doctrinal, va contra lo que en alguna ocasión he dicho al público respecto al nuevo arte de hacer novelas; si el prologuista manifiesta que no ha leído los últimos telegramas, pues cree vigente el naturalismo aquel que era en 1882 cuestión palpitante y de actualidad, en cambio el hecho de que persona tan docta y respetable como el bibliotecario Sr. D. Jerónimo Forteza diserte largo y tendido sobre la novela, y muestre algún respeto por el arte de novelar (según él lo entiende), es buena señal y debe complacernos.

Además, el prólogo se recomienda por la galanura de su forma y la templanza de su crítica. No es el Sr. Forteza de los que creen y practican que quien no piensa como nosotros ó comprende de otra

manera el arte es un sujeto fuera de la ley, á quien es lícito injuriar. Desconfíe, sin embargo, el Sr. Forteza de una propensión que revela su prólogo, y es la de juzgar el corazón y el carácter de los escritores por la tendencia literaria de sus obras, y por el mayor ó menor número de garantías que ofrezcan á las conciencias timoratas. Algunas veces los escritores encajan muchísima moral, un cargamento de moral, en los libros, porque es el único sitio que le dejan. No es esto aplicable al Sr. Polo, á quien conozco y tengo por excelente persona; pero demasiado comprende el Sr. Forteza que una cosa es predicar y otra dar trigo.

Volviendo á *Quien mal anda...*, está muy bien la graciosa peluquería, más *vivida* y pintoresca que el casino de Monte Carlo,—aunque éste revela en el autor la cuidadosa información, siempre recomendable en el novelista, y de que en ningún caso se debe prescindir;—no escasa de donaire la silueta de Tapias rojas; loable, sin sublimidades ni alquitaras psicológi-

cas, el esbozo de Virtudes, mujer normal y tranquila, en quien la honradez es fruto del buen sentido *terre à terre*, pese á las veleidades místicas ó *flatos espirituales* que con mucha trastienda censura el P. Izcueta. En suma: un libro que, si el Sr. Forteza lo recomienda por lo del ideal cristiano, los demás podemos recomendarlo por eso y también por lo otro.... *meliorem partem*, para el arte, se entiende.

UN TRATADISTA DE DERECHO PENAL [1]

SERÍA muy conveniente que sobre todas las ciencias se escribiesen cada dos ó tres años libros como el del Sr. Silió. Nos ahorrarían trabajos ímprobos ó ignorancias supinas á los profanos, y nos servirían de contrapeso para la lectura exclusivamente literaria, que á la larga también seca el magín.

No necesita el literato seguir al día el movimiento de una ciencia como el derecho penal, ni puede exigírsele que hojee todo lo culminante que de derecho penal se escribe; pero si un estudio tan profundamente humano viene á sufrir, como en estos últimos tiempos, completa metamor-

[1] CÉSAR SILIÓ Y CORTÉS: *La crisis del derecho penal.* — Un tomo.—Madrid, 1891.

fosis, no debe nadie que maneje la pluma desconocer el sentido general de ese cambio y el valor de esas adquisiciones importantes, so pena de estar á la altura del que creyese que aún se viaja en diligencia y se navega en barcos veleros.

Para tomar la tinturilla que nos es indispensable, me han venido de perlas los preciosos artículos y conferencias de Salillas y el libro de Silió, donde se exponen, comentan y depuran las teorías de la escuela italiana, que hoy marcha al frente de esta clase de estudios, y se hace de ellas una crítica sensata, clara y accesible hasta para los más legos en el asunto, en cuyo número me incluyo á toda prisa, á fin de que me sean perdonados los errores que cometa.

Combate el Sr. Silió con muy buenas razones, en primer término, á los clásicos, que extienden en demasía las fronteras del libre arbitrio y estudian el delito como una abstracción, dando al castigo carácter de venganza, y en segundo término á los ciegos materialistas y de-

terministas, que no ven en el criminal sino á la piedra que se desploma solicitada por fuerza irresistible, tienen siempre á mano la cómoda solución de la irresponsabilidad, y reemplazarían las prisiones con. manicomios. Tampoco perdona á los cándidos correccionalistas, partidarios de la *gracia humana*, convencidos de que el lobo puede dejar las mientes y que todo criminal es un Juan Valjuán, á quien sólo le falta encontrar su correspondiente Monseñor Bienvenido. Entre estos tres caminos, el Sr. Silió abre otro, el que hoy recorren los mejores criminalistas italianos: sin negar la acción de las circunstancias externas sobre el criminal, — el dañino influjo del atavismo, de la herencia, de la miseria, del alcohol, del medio ambiente, de las pasiones, — no le exime de responsabilidad, sino preconiza la defensa social, el derecho á la represión y á la inhabilitación para dañar, fundando este sistema en los datos estadísticos de la reincidencia, en la incorregibilidad y hasta la misma energía funesta de la in-

contrastable propensión al crímen, que resalta en ciertos individuos. «Existe—afirma Silió con la loable transparencia de estilo que le caracteriza, pues es todo un expositor y sabe *decir*—perfecta y absoluta igualdad, en mi opinión, entre el derecho de la sociedad y el del individuo á defenderse. Yo ya sé que los clásicos objetan que la defensa necesita, para ser tal, en primer término, que se realice en el instante mismo en que el ataque tiene lugar, y esto sucede en la defensa individual, y no en la pena, que se aplica cuando cesó completamente la agresión; pero no debe tampoco desconocerse ni olvidarse la doble fase de esta agresión, que afecta únicamente al individuo mientras dura, porque pasada, termina el peligro, pero que continúa afectando á la sociedad, cuyo sosiego se hace incompatible con la libertad del criminal.»

Mas no por este criterio defensivo llega Silió al extremo de pedir, como Garofalo y su escuela, la eliminación por la última

pena. Eliminación sí quiere el joven y eminente tratadista que la haya; la reclama la ley de selección en el orden *biológico jurídico*, una selección forzada ó artificial «que descuaje del organismo todos los elementos perturbadores, peligrosos y nocivos á su existencia»; pero esta selección ó amputación social puede hacerse de otro modo, sin apelar á la cuchilla ni al garrote, borrando la infamia del verdugo; desármese al delincuente con una perpetua privación de libertad, con prisiones bien montadas, bien cerradas, serias, que equivalgan á la muerte civil y social.

No sé si el Sr. Silió me creerá. Antes de leerle, y sin entender ni entonces ni ahora de estas arduas cuestiones, yo pensaba enteramente como él y como los autores en quienes ha bebido el fondo de su doctrina. Nunca fuí correccionalista, porque mi condición poco sentimental y mi afición á observar me han probado la persistencia del carácter, y siempre me pareció el mayor de los milagros de la divina mise-

ricordia la inmutación del corazón, el don de arrepentimiento. Al mismo tiempo me subleva la pena capital, por fea, por repugnante, por temeraria (pues cabe que recaiga en el inocente), por inútil (pues á nadie aprovecha, y menos al que la sufre). La solución del Sr. Silió es la que yo presentía.

De su libro ya hablarán extensamente los que tengan autoridad, ¡Ferri nada menos!, y encomiarán, como se merece, tan rica *contribución* (hablando á la inglesa) al estudio del derecho penal.

Acompañan al libro curiosos mapas de la criminalidad, por los cuales averiguo otra cosa que ya sospechaba: que en el Norte abundan más los delitos contra la propiedad, y en el Mediodía los de sangre

Lleva además un prólogo del Sr. Taladrid, que, no sé si por mi desconocimiento de estas cuestiones, se me figura sobrado florido y poético.

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

ESPAÑA

La sed de Oro, *por* José Manuel Hidalgo, *con un prólogo del Sr. D. Juan Valera.—París, 1891.—Un tomo.—Del mismo autor:* Al cielo por el sufrimiento.—*París, 1889.—(Edición privada.)—Un tomo.*

Aunque impresos en París, son de autor español los dos libros que aquí menciono, y de los cuales no podré decir, por mucho que prense el entendimiento, cosas tan buenas como las que dijo D. Juan Valera en *La España Moderna.* Le cedo la palabra, y en ello sale ganando el autor más de la mitad. De *Al cielo por el sufrimiento* opina el ilustre crítico: «El libro de mi antiguo amigo el Sr. Hidalgo es muy moral, muy devoto y algo melancólico, mas no por eso deja de entretener y de interesar. Además de ser el libro moral y devoto, y asimismo ameno, es,

como queda dicho, de alta elegancia, lo cual no está en oposición tampoco con la devoción, con la moralidad y con la limpieza de costumbres». Y de la leyenda *La sed de oro* dice: «La obra de V. me parece, pues, producción literaria de mérito, y de sano y limpio *naturalismo*». Con semejantes recomendaciones, ¿quién duda que el Sr. D. José Manuel Hidalgo encuentra aplanada la dificultad de los comienzos?

Las maniobras militares en Calaff, *por* KAL-AFF.—*Barcelona, 1890.*

Reseña muy animada, interesante y entretenida de un episodio de la vida militar española. El lector, engolosinado con las vivas descripciones, no dista mucho, sin embargo, de pensar como el payés de colorada barretina que dialoga con el autor: «¿Y no mes que per broma se gastan tanto tiempo y tanto dinero? Miri, senyó tinient, millor sería que los soldados que traballaron aquí, me hubiesen donado una cavadita á mis viñas de allá abaco».

NUEVO TEATRO CRÍTICO

OBRAS DE LA AUTORA

NOVELAS

Pascual López, 3.ª edición, un vol.
Un Viaje de Novios, 3.ª edición, un vol.
La Tribuna, un vol.
La Dama joven, un vol. (Edición ilustrada.)
El Cisne de Vilamorta, un vol.
Los Pazos de Ulloa, dos vol.
La Madre Naturaleza, dos vol.
Insolación, un vol. (Edición ilustrada.)
Morriña, un vol. (Edición ilustrada.)
Una Cristiana, un vol.
La Prueba, un vol.

CRÍTICA É HISTORIA

San Francisco de Asís (siglo XIII), segunda edición, dos vol.
La Revolución y la Novela en Rusia, tres vol.
De mi tierra (Galicia), un vol.
La Cuestión palpitante (agotada), un vol.
La Leyenda de la Pastoriza, opúsculo.
Estudio crítico sobre Feijóo, un vol.
Los pedagogos del Renacimiento, opúsculo.
El Padre Luis Coloma. (Biografía y estudio crítico

VIAJES

Mi Romería, un vol.
Al pie de la Torre Eiffel, un vol.
Por Francia y por Alemania, un vol.

POESÍAS

Jaime (poema), un vol.

EN PRENSA

La Piedra Angular, novela.

Universidad de Jaén